

za sobre la disciplina y, a más hondo calado, una ilustración preciosa sobre la circunstancia histórica en que él ha venido ejerciéndola desde hace cinco lustros. Se podrá discrepar, por supuesto, de la táctica; pero, ¿qué venía a ser, en definitiva, un libro de Derecho Político, de Teoría del Estado, en una coyuntura en la que la sustancia de esas disciplinas yacía bajo siete llaves en el serrallo de una dogmática inquestionable y su discusión, a todos o casi todos los niveles, aparecía siempre sospechosa de esa sociedad? En la época en que Ollero comenzó a enseñar, se podía describir lo instituido o rebatir lo que no lo estaba, dos ejercicios que podían ser cualquier cosa menos ciencia. Y cabe suponer que Ollero eludió el dilema con el expediente de una sabia desidia a cuya sombra intelectual se acogía y se acoge un ancho discípulado, mucho más cordial que escolástico.

La tarea profesional de Ollero, como demuestra el temario del presente libro-homenaje, ha granado un doble fruto. De una parte, la conciencia de la imprescindible revisión de los supuestos científicos de lo que entendemos por «Teoría del Estado», induciendo a abandonar la rutina positivista y, consecuentemente, a reemprender la investigación partiendo casi de cero, es decir, devolviendo su cometido cabal a una razón exiliada hacía tiempo de la disciplina y, por cierto, no sólo en España; de otra, la apertura sustancial del coto teórico de cara a la imprescindible modernización de la teoría y a la eficacia de la práctica política. Prueba de lo primero es el tono de la mayoría de los trabajos ahora reunidos, la novedad de los planteamientos y, en especial, la curiosa promiscuidad ideológica, la concurrencia ciertamente desusada entre nosotros de criterios y posiciones que el

libro muestra. En cuanto a la apertura del campo, bastará con ojear un índice que incluye trabajos que van desde la sociología general a la historia, pasando por la literatura o la epistemología.

Es decir, que a la vista del homenaje cuando menos, resulta patente la nueva vocación integradora de la disciplina frente al viejo oficio de tinieblas —o, cuando menos, de penumbra— heredado del magisterio positivista en cualquiera de sus formas posibles. La inordinación de la teoría política en una realidad viva ha exigido esta reconversión activa del plano intelectual en que se apoya y una generosa licencia de movimientos para los investigadores. Ha ocurrido con la rancia «Teoría del Estado» lo que con las cerezas de la cesta: que uno tras otro han ido saliendo al aire libre temas e inquietudes que se implican mutuamente hasta formar un entramado totalizante.

Es un poco, por supuesto, el reflejo particular de lo que está sucediendo en el horizonte común de unas ciencias humanas que ya no se resignan a soportar el corsé de una especialización idealizada y asfixiante. Pero es, sobre todo, el fruto de una vigorosa vocación realista, resuelta en muchos y difíciles años de magisterio abierto, y cerrado tan sólo, pero a cal y canto, al dogmatismo y a la rutina. Que ya era abrir y ya era cerrar, teniendo en cuenta lo que hay que tener. ■ JOSE A. GOMEZ MARIN.

El hombre y su corazón

El concepto tradicional de enfermedad —como conjunto de cuadros clínicos más o menos objetivables— está absolutamente desfasado con respecto al nivel actual de la Medicina. La enfermedad concebida al modo antiguo no dejaba

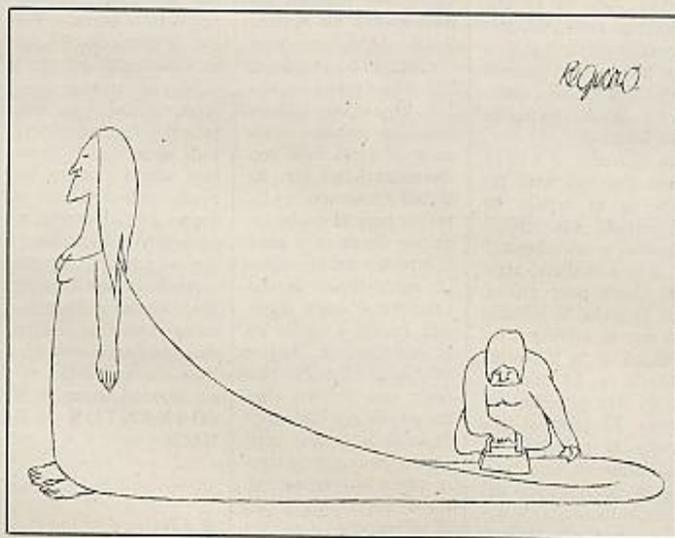
de ser una mera abstracción: no existen enfermedades, sino enfermos, hombres concretos que tienen —mejor, padecen— un enfermar personal e intransferible. Desde estos supuestos básicos está escrito el libro del doctor Vega Díaz, «El hombre y su corazón (introducción a una cardiología antropobiográfica)» (1), de cuya lectura pueden obtenerse lúcidas aclaraciones sobre aspectos decisivos de la condición humana. Como muy bien señala Julián Marías en su espléndido prólogo, el corazón y el sexo representan las tres formas primarias de instalación de la vida humana en nuestro organismo.

Este libro que comentamos centra su análisis

da cual— y no a una abstracción anatómico-fisiológica. Su enfoque antropobiográfico cumple una clara pretensión de acercamiento concreto a la realidad, igualmente concreta —la enfermedad cardiovascular—, que se trata de estudiar y curar.

Para el doctor Vega Díaz, el enfermar cardiovascular es una circunstancia humana que no se reduce solamente a la lesión orgánica o a la alteración del fisiologismo somato-circulatorio; por el contrario, afecta al hombre en su totalidad anímico-corporal. El enfermar cardiovascular puede considerarse como situación sentida por el enfermo, que se manifiesta a través de los síntomas, y como hecho clínico con

nificación humanística y transcultural del corazón —con gran peso tradicional en todas las culturas—, el enfermar cardiovascular encierra especiales matices antropológicos. Hasta las enfermedades orgánicas más estructuralmente definidas (cardiopatías reumáticas, coronariopatías) están tipificadas por la personalidad humana y por el mundo que la rodea: son enfermares de la persona en el mundo. En las distintas edades de la vida humana, las enfermedades cardiovasculares son distintas, porque el hombre ofrece condiciones psicofísicas diferentes, que moldean y acucian específicamente el enfermar. Estos problemas no encuentran aclaración, ni interpretación,



en el corazón, desde una perspectiva nueva y globalizadora, pues no estudia la viscera cordial desde una perspectiva meramente científico-natural, es decir, abstracta; por el contrario, aborda el problema desde su escorzo real: el corazón como realidad orgánica radicada o enclavada en la vida humana. La Cardiología en que nos introduce el doctor Vega Díaz apunta a un corazón concreto —el de ca-

firmado a través de los signos y datos exploratorios. El enfermar humano cardiovascular está siempre influenciado y matizado por el ambiente familiar y social, por las circunstancias históricas, así como, por supuesto, por sus estructuras psicofísicas. La sintomatología del enfermar traduce el modo individual con que cada personalidad siente, intelectualiza, sufre y padece su enfermedad. La llamada atípa clínica de las enfermedades es el modo típico con que cada enfermo hace su enfermedad. Por la sig-

ni solución en la Cardiología científico-natural, porque ésta estudia únicamente los estados de anormalidad anatómico-fisiológica, que objetivamos como enfermedades, y olvida los restantes aspectos del hombre. La antropologización de la Medicina —concluye el doctor Vega Díaz— cambiará el sentido del ejercicio médico de las especialidades y tendrá una significación más importante que todos los proyectos de perfectibilidad de la Medicina científico-natural. ■ PEDRO FERNAUD.

Hilariones y criados

Transcurridos casi cincuenta años de su publicación, la novela «Servitud», de Joan Puig y Ferrater ha sido reeditada dentro de la colección Joanot Martorell, de Nova Terra, que dirige María Aurelia Capmany. La reedición ha conseguido organizar una pequeña trifulca dentro del sector periodístico local barcelonés, merced a la beligerancia que hoy, todavía, pueden tener las relaciones entre «Don Hilarí i els seus criats» —que este era el título primero de la novela— dentro del mundo de ficción puigferrateriana, «bien entendú».

Después de dos intentos breves y discretos, «Servitud» era la segunda narración importante de su autor, publicada en 1926, tras una de sus obras más conocidas: «Els tres al lucinats». Es cierto, como señala Guillem-Jordi Graells, epilogoista de «Servitud», que desde hace un par de años se está produciendo una reivindicación del autor de «Camins de França» —una de las 50 mejores obras que figuran en la reciente «Guía de Literatura Catalana Contemporània» (Edicions 62)— y que la reedición de aquella novela, «Servitud», de claro signo autobiográfico, es una contribución afortunada al conocimiento de la vida y la personalidad de Puig y Ferrater. Indudablemente es así, pese a todos los reparos de los que pueda advertirnos, incluso, el padre de una criatura tan arrebatada e incómoda como al parecer es este libro.

Efectivamente, en una brevísima nota introductoria, Puig y Ferrater hace notar que «un trabajo demasiado primoroso —traduzco—, una materia demasiado preciosa serían impropios de un arma cortante como el «pamphlet», por ejemplo». De este tipo de armas, como si quieren de los muros parlantes del mayo francés, los lectores «apre-

(1) Editado por Seminarios y Ediciones, S. A. Madrid. Prólogo de Julián Marías.

clarán principalmente su eficacia combativa». Un «servidor» cree que la dirección de la serie J. M. ha acertado plenamente en la reedición de «Servitud», creo además en la «eficacia combativa» de un trabajo centrado en el campo del periodismo escrito, cuyo interés público es evidente. Y pienso, en fin, que tal eficacia tiene la base suficiente de autenticidad como para que la novela llegue a ser de lectura obligada en las escuelas de periodismo o en la flamante Facultad de Ciencias de la Información. En su versión original o traducida, yo así lo recomendaría. (Para el rastreador de difíciles productos impresos puede indicarse que por la misma época de la edición catalana primera, aunque sin fecha, Editorial Cosmos publicó la versión castellana de «Servitud», realizada por Felipe Alaiz.) Pero he aquí el asunto del «pamphlet».

Andreu Rojals, protagonista de la novela, refiere a lo largo de una narración concisa y clara, su experiencia profesional como miembro de la redacción de un gran diario barcelonés titulado «La Llanterna». El proceso que vive el periodista neófito en el seno del gran rotativo barcelonés constituye un rosario de desencantos y tensiones, que culminan con el enfrentamiento directo entre su honestidad profesional y la avidez crematística, exacerbada, del propietario del periódico, Don Hilarió, que supedita los beneficios de su negocio publicitario-informativo a todos los derechos del lector y a las reivindicaciones laborales de los trabajadores del diario, que en un momento dado se ven representados por el protagonista. Este, al fin, será despedido de la casa bajo escolta policial.

Entre tanto, Andreu Rojals describe los caracteres serviles, adulatorios, rutinarios, trepadores, en el mejor de los casos, acomodaticios y resignados, que giran

en torno al todopoderoso dueño del diario o que van tirando de unos tingladiños zafios desde su oscura mesa de redacción. Pero el relato trasciende el ámbito doméstico de «La Llanterna». Como apunta Graells, la novela se convierte también «en un testimonio directo y contemporáneo de las luchas sociales planteadas en Barcelona en los años que giran en torno a la primera guerra mundial», de los conflictos que originarían las huelgas de 1917, y cuyos efectos palpables se apreciaban a menudo en este activo pulso urbano barcelonés que es la parte alta de las Ramblas, junto a plaza de Cataluña y calle Pelayo.

Los problemas de la calle se filtran, pues, en la fortaleza de «La Llanterna» —en la novela, periódico conservador— inscribiéndose la obra «en un proceso general de crítica de una sociedad y de descripción de una lucha».

A cuarenta y siete años vista, el tono peleon de la novela ha despertado sus efectos vigentes y ha transferido a la actualidad algunas claves poco gratas. Por lo visto, la tolerancia que se admite a los «juicios de la Historia» todavía no ha madurado en este pequeño «affaire». El cisco a que aludía al principio ha consistido en una especie de conspiración del silencio montada en torno a «Servitud», al tiempo que la persona responsable de la reedición parece estar notoria y esperemos que momentáneamente proscrita de un amplio sector de la prensa ciudadana.

Aconsejar que sobre los aspectos extraliterarios y extraeditoriales de esta cuestión se apliquen algunas dosis de sentido del humor, es muy fácil; de todos modos, esa podría ser una terapia previa al juicio correcto de la novela (como tal y como hecho editorial en sí). Lamentablemente, la estructura que Puig y Ferrater denunciaba en su «ficción autobiográfica» sigue siendo

fundamentalmente la misma: no creo que pueda escamotearse a «Servitud» una vigencia básica. De todos modos, otros hechos complican hoy el asunto.

Por un lado, las necesidades de vender el producto periodístico permiten, hasta cierto punto, que algunos Andreu Rojals se expresen regularmente en letras de molde, aunque su honesto laboreo se eclipse y reaparezca a imagen y semejanza del Guadiana. Por otra parte, aquel «subperiodismo» que delata la novela, aquel periodismo «infimo y tenebroso de los anónimos traductores de telegramas, de los redactores de gacetas, de las "guardias" a horas fijas» (Graells), no es, en ciertos casos, el trabajo chocarrero y torpe que realizan los compañeros de Andreu Rojals. Aquí, y en cuantos diarios quisieran hoy parecerse a «La Llanterna», ese trabajo anónimo procura realizarse a veces con una intencionalidad que ha tenido consecuencias funestas para el probo redactor de mesa o para el director del periódico (la única figura de «La Llanterna», cuya dignidad queda a salvo en la narración de Puig y Ferrater). Quiere ello decir, que muchas «llanternas» de esa hora confieren a la simple noticia un trato que no figura en la novela del autor de «Servitud», y que si el paisaje noticiero resultante tiende a ser un sucedáneo de la realidad, ello no es siempre imputable a Don Hilarió de turno, sino a personajes de más altas constelaciones.

La cuestión, como digo, se ha complicado, pero el valor testimonial del cuento, insisto, se mantiene hoy como en el año 26, y sería un pobre recurso pretender minimizarlo, esgrimiendo el despecho de Puig para con el periodismo, después de haber demostrado su gran talla de escritor en otras muchas esferas. «Servitud» es una lección dura, cruenta, de periodismo, que todos los profesio-

nales del ramo debieran conocer. Una lección que podría darse en otras instituciones profesionales y cuyas claves no merecen trascendentalizarse por la vía del drama ni anularse por el viejo método de la mordaza. Una lección, también, a la que de unos años a esta parte —desde mediados los sesenta— un sector de profesionales intenta aplicar los pertinentes antidotos. Dentro de lo posible, claro.

El lector de «Servitud» puede leer asimismo el libro de Jean Schwoebel, «La prensa, el poder y el dinero» (Doposa), y percatarse, por ejemplo, de cómo «Le Monde» (!) tuvo que hacer frente a todos los hilarios que le acosaban. Si, ya sé: eso no es Francia. Pero por eso «La Llanterna» no nos resulta extraña. Por eso el rechazo de las servidumbres es más duro y el «status» de la criada responde más incierto. Por eso «Servitud» sigue siendo un relato válido y, para los profesionales de la información, el espejo ligeramente amarillado por el tiempo que nos reproduce una imagen dolorosamente muy poco original. Una imagen que en Barcelona, además, ha resultado ser en especial irritante. ■ JOANANTON BENACH.

Libros sobre información

De unos dos o tres años a esta parte han aparecido en el mercado español muchos libros sobre Información o Comunicación de Masas. Y pongo la disyuntiva con una cierta prevención, porque todavía nadie se ha puesto de acuerdo en los matices conceptuales que separan términos como Información, Mass Media, Medios de Comunicación Social, Medios de Comunicación de Masas. Incluso a veces términos como Periodismo disputan una parcela de signifi-

cación a estos conceptos más amplios.

España ha pasado de contar con un solo publicista sobre el tema, Juan Beneyto, a tener el escaparate lleno de libros autóctonos y traducidos. En 1963 apareció la primera edición de **Informe sobre la Información**, libro que ha conseguido tan buena acogida entre el estudiantado como desconocimiento o desdén por parte de los publicistas, algunos de los cuales no lo han incorporado a sus citas bibliográficas hasta la aparición de la segunda edición en 1971. Por entonces, cuando el mercado experimenta una activación tremenda en torno a estos temas. Editorial Doposa desde entonces ha insistido repetidas veces en el tema: **Información y Comunicación en la sociedad actual**, de Marino Yerro Belmonte; **La Prensa, el Poder y el Dinero**, de Jean Schwoebel; **Ideología y análisis de Medios de Comunicación**, de José María Casasús; **La intervención del Estado en la Prensa**, de César Molinero; **El oficio de periodista**, de Manuel Vigil Vázquez, y ahora el ya famoso a nivel europeo, **El poder de informar**, de Jean Louis Servan Schreiber, el auténtico «editor» de la familia «reformadora». La aparición de esta novedad coincide en el escaparate nada menos que con **El control de la prensa en España**, de Manuel Fernández Areal, editado por Guadiana; **La Información en una sociedad industrial**, de Martínez Albertos, editado por Tecnos, y **Autocontrol de la Actividad Informativa**, de José María Desantes, editado por Cuadernos para el Diálogo. No hay que olvidar los títulos de Piedrahita (centrado sobre todo en los problemas técnicos profesionales), José Tarín Iglesias, Carlos González de Seara, Gómez Aparicio, Altabella, Concepción de Castro Soria, Xifra Heras o el valioso informe **De la Libertad de Prensa**, de Castro

Fariñas, aunque por razones de rigurosa actualidad editorial e incluso de significación temática, voy a centrarme en las obras de Fernández Areal, Martínez Albertos, Desantes y Servan Schreiber.

Fernández Areal se ha aplicado varias veces al estudio de la norma jurídica sobre la prensa. Suele estudiar los procesos paralelos historia-legislación-prensa que culminan en la crisis de la guerra civil. En casi todos los trabajos anteriores del ex director de «Mundo» se remonta este río para llegar al meollo del asunto: las relaciones de la libertad de información con el sistema político-ideológico del Nuevo Estado español, consecuencia de la guerra. **El control de la prensa en España** es un excelente estudio orientativo de esa relación, aunque el autor haya brindado en bandeja a Emilio Romero la crítica que recientemente le hiciera en un coloquio madrileño. La historia del control de la prensa en la última España no es sólo la historia de la relación entre el poder político y los medios, ni siquiera la peripetia concreta de la Ley Fraga y los respetos y desacatos posteriores. Hay un control estructural derivado de la propiedad privada de los medios de producción y el papel de las empresas es tan controlante como el del poder. Sería interesante un estudio de la relación entre empresas y poder político, entre empresas y grupos de presión económica para poder brindar un cuadro total del control de la prensa en España. A partir del estudio de Fernández Areal, se tiene una visión superestructural de la cuestión y no se percibe la, en mi opinión, cuestión de fondo: el sistema controlador fundamental de un régimen empresarial que se reparten el poder político y el capital, sin dejar sitio para una prensa de entidades políticas o para una prensa realmente concebida